



# La Araña Blanca

Dramática historia de la ascensión  
a la pared norte del Eiger

Heinrich Harrer

Montañero, escritor y deportista olímpico Heinrich Harrer fue miembro, junto con Anderl Heckmair, Fritz Kasperek y Ludwig Vörg, de la mítica cordada que completó en 1938 la codiciada primera ascensión a la pared norte del Eiger — conocida como la pared asesina—, en los Alpes berneses.

*La Araña Blanca* es una narración clásica de aquella gesta, contada con paralizante realismo y brío narrativo dignos del autor de *Siete años en el Tíbet*. Pero Harrer, además de alpinista que ofrece al público el relato de su propia escalada, asume también el papel de historiador, introduciéndonos con gran precisión técnica y ritmo trepidante, en la historia de los dramáticos intentos anteriores de escalar la terrible pared. Éstos se desarrollaron en un ambiente de feroz competencia deportiva y desembocaron en una larga lista de víctimas. Entre ellas, tal vez el caso más trágico fuera el del joven Toni Kurz, quien agoniza durante largas horas colgado de una cuerda a pocos metros de un equipo de rescate, que no puede hacer nada por salvar su vida.

Finalmente se incorpora en esta edición una crónica de las más importantes actividades en la pared norte del Eiger, con aperturas de nuevas rutas, repeticiones invernales y actividades en solitario.

## Prólogo

Cuando a una persona se le concede la suerte de alcanzar una avanzada edad, se hacen indefectiblemente más numerosos aquellos acontecimientos que solemos recordar también en forma de aniversario. La primera escalada completa de la cara norte del Eiger —hace ya más de sesenta años— es para mí una de esas ocasiones. Lo celebro agradecido de poder disfrutar, aún hoy, de mis queridas montañas en plena salud y de ser partícipe de lo que ocurre en torno a ellas. Los recuerdos son algo muy hermoso y también —así me parece, al menos— algo que nos proporciona calma y reconciliación.

En esta renovada edición de *la Araña Blanca* deseo recordar los éxitos alcanzados y las tragedias ocurridas en esta excepcional montaña, cuya suerte no ha dejado de acompañarme y preocuparme durante sesenta años. Deseo, pues, recordarlos y relatarlos nuevamente.

El cronista apenas si puede hoy seguir el ritmo del desarrollo en torno al Eiger. Su pared norte es y seguirá siendo «La Pared de las Paredes», «La Pared» por excelencia, y la fascinación que irradia sigue intacta. Hay paredes más altas y más difíciles en las montañas de la Tierra, pero ninguna de ellas se encuentra como en un escenario, como es el caso de la Pared Norte del Eiger. Cualquiera puede allí, como si de un anfiteatro se tratase, tomar asiento para contemplar confortablemente con los prismáticos ese espectáculo natural que son los aludes de nieve mientras toma café y saborea un pastel. Incluso se puede observar a simple vista a los alpinistas en su escalada. El tren-cremallera lleva a los

turistas hasta el mismo centro de la Pared Norte, donde podrán, a través de los enormes ventanales de la estación «Eigerwand» (Pared del Eiger) admirar las lisas rocas de los oscuros desplomes y los abruptos campos de hielo golpeados por la caída de piedras. Por ahí tienen que pasar los escaladores de la Pared Norte del Eiger, algo realmente incomprensible para el profano. Debo reconocer, sin embargo, que ahora, a mi avanzada edad, yo mismo recuerdo con bastante asombro, que también yo, hace ya más de sesenta años, escalé esos parajes durante varios días.

El desarrollo de las últimas décadas también ha hecho su entrada en la comarca de las tres cimas —Eiger, Mönch y Jungfrau—, propiciando una valoración completamente nueva. Esto es válido, sobre todo, para el municipio de Grindelwald. En los antiguos carteles publicitarios clásicos, que la Dirección de Turismo hace imprimir de cuando en cuando, nunca se ve el Eiger. La montaña emblemática ha sido siempre el Wetterhorn. El Eiger —Ogro— impone respeto y era sencillamente tabú. También los guías de montaña aconsejaban a sus hijos no recomendar el Eiger a los turistas. Querer escalarlo significa estar dispuesto al riesgo y eso sería perjudicial para la imagen de su profesión. Así pues, el Eiger siempre estaba presente, pero nunca se hacía publicidad con él: ni estaba presente en carteles, ni en folletos. Y mucho menos su Pared Norte.

Esta actitud cambió paulatinamente, cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, algunos jóvenes guías de montaña de Grindelwald se pusieron en marcha hacia las montañas del mundo, y Edi Bohren y Fritz Imboden escalaron con éxito la Pared Norte en 1978. Finalmente fue Hansruedi Gertsch, guía de montaña diplomado de Grindelwald, quien superó sin problemas la Pared Norte en verano, en invierno, e incluso con un cliente. De esta manera quedó definitivamente rota la excomuniación del Eiger. Desde 1990, los guías de montaña disponen de un chalet propio con mucho estilo en la Dorfstrasse, donde, bajo la dirección de Gertsch, se

ofrece un variado programa. Su lema es: «Hacer una excursión o escalar la Pared Norte del Eiger no es lo importante. Lo que cuenta es lo que sentimos, lo que hacemos y lo que queremos».

Durante una estancia en Grindelwald en el invierno de 1998/1999 me dieron tanto ánimo, apoyo y ofrecimientos de ayuda que ahora se apilan nuevamente sobre mi escritorio documentos de los que deberé hacer una selección minuciosa, como ya ocurriera en 1957 cuando tuve que enfrentarme por primera vez a un montón de libros, revistas y recortes de periódico —unos dos mil en diferentes lenguas— que trataban sobre el tema Eiger. Había recibido numerosas cartas que eran, cada una de ellas, el documento concreto de una personalidad determinada. Mi amigo Kurt Maix, alpinista y excelente escritor de temas de montaña, fallecido entretanto desgraciadamente, me apoyaba en el trabajo. Pero aún hay muchos más a quienes debo estar agradecido. Se asemejan a aquellos porteadores y otros acompañantes de una expedición que montan los campamentos y realizan todo tipo de servicios para que el equipo de ascensión a la cumbre pueda realmente elevarse hasta la cima.

Con ocasión del sesenta aniversario de la primera ascensión tuve también la suerte de encontrarme con el más veterano de los guías de montaña, el más que centenario Samuel Brawand. Durante nuestra cena en el modesto *Berggasthof* éste puso de manifiesto en su acostumbrada forma viva de relatar que, mientras existiese la más mínima posibilidad de conseguirlo, todo guía de montaña invertiría toda su energía para salvar una vida humana. Pero no fueron los guías de montaña los que intentaron la primera escalada de la Pared Norte del Eiger. A su entender los peligros objetivos que presentaba esta parte eran demasiado importantes como para recomendar a alguien su ascensión.

Cuando un turista sale de excursión con un guía de montaña, éste carga con toda la responsabilidad sobre

aquéllos que han depositado su confianza en él. En cuanto se entra en la zona de roca, hielo y nieve, sólo uno lleva el mando: el guía de montaña. Peter Bohren, apodado *Gletschenvolf* (lobo del Glaciar) dijo una vez dirigiéndose al reverendo Wethered: «Señor, usted es un maestro en el valle. Aquí lo soy yo». Este poder de mando absoluto obliga al guía de montaña a ser responsable de lo que hace o deja de hacer. Su meta siempre debe ser la de llevar a aquéllos que le han sido confiados sanos y salvos de vuelta al valle. Esta responsabilidad no puede tomarla el guía en una pared como la Pared Norte del Eiger.

Sami Brawand recordó entonces aquel 24 de julio de 1938 en el que nosotros, los cuatro primeros en escalarla, de noche y bajo una tormenta de nieve nos acercamos a la estación Eigerletscher. De repente encontramos a un muchacho delante de nosotros quien nos preguntó: «¿Venís de la Pared Norte?». Tras contestarle afirmativamente, bajó corriendo por el glaciar gritando una y otra vez: «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!». Entonces vimos a una multitud de personas, guías de montaña, amigos y periodistas. Por primera vez nos dimos cuenta de que nos habían estado observando durante los últimos días. Así pues, toda esta gente, a pesar de que en la tarde del día anterior una tormenta había azotado la Pared Norte durante horas y algunas noticias ya nos daban por muertos, guardaba todavía fe y esperaba que regresásemos.

Durante la celebración del aniversario en 1998 se descubrió en la estación Eigerwand una placa conmemorativa con los nombres de quienes fueron los primeros en escalarla. Decenas de cámaras estaban dirigidas hacia mí y Heckmair, muchas más que en la celebración del cincuenta aniversario. Todo esto nos resultaba extraño y algo embarazoso. Pero esa fecha importante debía más bien servir para el reportaje posterior con todo lujo de detalles —planeado por la Televisión Suiza DRS para el verano— en el que los objetivos de las cámaras estarían dirigidos durante dos días

completos hacia dos cordadas de escaladores. A causa del mal tiempo, sin embargo, tuvieron que aplazar ese proyecto hasta el verano de 1999.

Cuando se dan las condiciones necesarias para ello, tales como poseer la determinación, la condición física y el material necesarios, el recorrido de la vía clásica será algo normal, muy interesante e instructivo, aunque, eso sí, duro y largo. Yo, en todo caso, siempre me alegro cuando veo en televisión a esos jóvenes alpinistas con sus elegantes y rítmicos movimientos. Y cuando desciendan por el glaciar, exclamaré: «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!», como cuando nosotros fuimos recibidos con alegría y emoción tras haber escalado con maestría y éxito la Pared Norte del Eiger.

## Alguna vez tiene que conseguirse

### La Araña Blanca

Hace 140 años, en 1858, la cima del Eiger, de 3970 metros, situada en el Oberland Bernés, fue pisada por primera vez por el ser humano. Hace más de sesenta años, en 1938, su Pared Norte fue escalada por primera vez. El Eiger se hizo famoso a causa de esta Pared Norte y su nombre alcanzó más fama que el Monte Cervino o el Mont Blanc. Millones de lectores supieron de él a través de innumerables artículos periodísticos, libros y comentarios radiofónicos, convirtiéndose así en la esencia de ese sentimiento trágico-sensacional que el alpinismo ofrece al lector. Y millones de personas que nunca habían visto ni la montaña ni su pared norte se hicieron una imagen de él. Una imagen que, por fuerza, quedaba distorsionada.

Deseo, pues, ofrecer aquí una visión correcta, que pueda rectificar aquella imagen deforme. Y esa visión no será en ningún caso menos atractiva e interesante, pero, eso sí, su trama dramática reposará sobre la verdad, sobre hechos reales, y no sólo en la fantasía del que escribe.

La verdadera historia de la escalada de la Pared Norte del Eiger es más terrible, más grandiosa de lo que los hombres puedan inventar jamás. Yo pertenezco a aquel grupo



de cuatro que, hace ya más de sesenta años, en julio de 1938, por primera vez escalaron con éxito la Pared Norte del Eiger. Su recuerdo me ha acompañado hasta hoy y no ha quedado borrado ni por las grandes vivencias que experimenté en el Tíbet, ni tampoco por mi expedición a Nueva Guinea, la más difícil.

No creo que ninguno de los que entonces escalamos los 1800 metros de esa fortaleza de hielo y roca hayamos temido por nuestra vida, pero, tras nuestro regreso, experimentamos más conscientemente esa sensación de la gracia de vivir. Y desde la escalada de la Gran Pared Norte, esa sensación consciente ya nunca más me ha abandonado. Quizás el recuerdo de esa escalada me haya dado con frecuencia la fuerza, paciencia y confianza necesarias para resolver situaciones que creía peligrosas y sin salida, incluso cuando todas las circunstancias externas parecían sin esperanza. Creer en uno mismo es un bien valiosísimo, que no se recibe como regalo. Quien menos lo posee es aquel que está cegado por la arrogancia.

En la Araña de la Pared Norte viví situaciones límite cuando sobre nuestras cabezas se precipitaron aludes que parecían no tener fin. Esta parte de la pared del Eiger recibe su nombre por su semejanza con una araña gigante. Pocas veces se ha encontrado un nombre proveniente de la imagen externa que describa al mismo tiempo fielmente la esencia de lo así llamado. La araña de la pared del Eiger es blanca. Su cuerpo está compuesto de hielo, hielo perpetuo, nieve perpetua. Sus largas patas de cien metros son también blancas. Hielo, muchísimo hielo, que se alarga partiendo de la terriblemente vertical zona de nieve primavera a través de surcos, fisuras y grietas. Hacia arriba, hacia abajo. Hacia la derecha, hacia la izquierda. En todas direcciones, hacia todas las vías de escape.

Todos los escaladores que eligen su camino a través de la Pared Norte tienen que atravesarla. No es posible evitarla. También los mejores y los más rápidos han tenido que

superar la prueba más dura en la Araña. Uno de ellos, alguna vez, comparó toda la pared del Eiger con una gigantesca tela de araña que conduce a sus víctimas hacia la propia araña: esta comparación es incorrecta, exagerada y despierta escalofríos baratos. Ni esta pared salvaje ni la hermosa montaña merecen tal trato. Tampoco los alpinistas. Los alpinistas no son ni moscas ni bichos que se dirigen, tambaleantes, hacia su perdición, sino hombres y mujeres con juicio y valentía.

Y sí, la Araña Blanca me parece, no obstante, algo así como un símbolo de la pared del Eiger. Sus peligros debe superarlos el escalador en el último tercio de la pared, cuando se encuentra cansado, tras muchos días y horas de agotadora escalada, y debilitado ya por el frío vivac. Pero quien allí se encuentra cansado no puede descansar.

Quien desee escapar a la cadena de aludes, tendrá que reconocer que no hay escapatoria de esa arriesgada zona vertical y deberá saber administrar sus fuerzas con paciencia e inteligencia. Por encima de la Araña empiezan las heladas Fisuras de Salida desplomadas. Allí también se necesitará la fuerza. Quien allí cambie la paciencia y la astucia por la prisa accionada por el miedo, se convertirá realmente en una mosca moviéndose nerviosamente en la tela de araña hasta quedar atrapada.

La Araña Blanca no sólo es la piedra de toque de la maestría técnica de un escalador, sino que lo es también del carácter de éste. En años posteriores, cada vez que me parecía que el destino me cortaba el paso con telas de araña indestructibles, me acordaba siempre de la Araña Blanca. Y siempre, incluso allí donde aparentemente no había salida alguna, confirmaron su eficacia —también en la vida cotidiana— los medios y valores que me abrieron el camino de salida de la Pared Norte del Eiger: reflexión, paciencia y valentía consciente.

Al decir esto se me ocurre una frase de Schopenhauer: «De la misma manera que el montañero sólo al llegar a la

altura prevista percibe y reconoce en su dimensión el camino recorrido, también nosotros sólo al final de un periodo de nuestra vida reconocemos el valor de éste».

La Pared Norte, mi recorrido por la Araña Blanca, fue para mí simultáneamente camino y periodo de vida. Esto, sin embargo, no lo comprobé sino mucho más tarde. Hoy no existe para mí la menor duda sobre el valor que representa ese difícil camino (para muchos en apariencia también incomprensiblemente peligroso) en esa montaña para la vida posterior de un ser humano.

No creo en un destino ciego al que estemos sometidos, ni tampoco puedo estar completamente de acuerdo con la frase de Schopenhauer: «El destino mezcla las cartas y nosotros jugamos». También nosotros mezclamos las cartas, estoy convencido. Más bien es como lo describió el ateniense Menandro hace más de dos mil años: «La forma y condición de una persona forman su destino; y lo que éste llama destino no es sino la predisposición de su carácter». La pared de la Araña Blanca me hizo reconocer por primera vez esta verdad. Quizá teníamos los cuatro esa feliz predisposición de carácter que fue la base de nuestro éxito. Entrenamiento, preparación esmerada y equipamiento sólo fueron nuestra necesaria aportación complementaria.

La Pared Norte del Eiger fue descrita en toda su braveza natural por primera vez en la literatura alpina por A. W. Moore en su hermosa obra *The Alps in 1864*. Moore, sus guías de montaña y sus acompañantes —entre los que se encontraba una mujer, *Miss Walker*— subieron el 25 de julio de 1864 un trecho por encima de la arista noroeste, desde donde pudieron ver sin trabas la falla de la Pared Norte. Moore escribió entonces lo siguiente: «De los miles de personas que cada año caminan bajo la sombra de este grandioso muro —superior en altura e inclinación a la pared norte del Wetterhorn— todas quedan profundamente impresionadas por la braveza natural de esta falla. Pero por

muy impresionante que sea la vista que de esos precipicios rocosos se abre desde abajo, nadie que no los haya visto desde arriba podrá hacerse una idea correcta de ellos. Ni siquiera en el Delfinado he visto una falla tan abrupta y lisa. Las piedras que caen del borde de la arista se precipitan al vacío durante cientos de metros sin golpear ni una sola vez en sitio alguno. Es casi desconcertante que la cara oeste de esta maciza montaña rocosa pueda ascenderse con relativa facilidad, mientras que su Pared Norte cae tan abruptamente hacia las profundidades, como si toda la montaña estuviera cortada. Lisa y absolutamente inescalable...».

Se ha criticado que precisamente durante la escalada de la pared del Eiger —y los intentos infructuosos— la ética de la escalada resultó maltratada debido a que la Pared Norte se convirtió en una especie de anfiteatro, de escenario natural sobre el que se podían contemplar cada uno de los movimientos de los actores. Parece ser que el aplauso que se da a los que se han visto coronados por el éxito cuando, felizmente, descienden, no es sino un signo exterior de la decadencia interna...

Hoy día, sin embargo, los alpinistas profesionales llegan al punto de ataque acompañados por equipos de filmación y los valores se han desplazado.

La mayoría de los alpinistas lo deploran. Ellos sólo desean tranquilidad y no quieren ser observados. Sienten nostalgia del tiempo de sus abuelos, cuando nadie les prestaba atención.

El Eiger fue coronado por primera vez el 11 de agosto de 1858. Hoy lo sabemos con certeza. Pero cuando quise encontrar algún reportaje sobre esta memorable primera ascensión en las viejas ediciones de época del *Alpine Journal*, no tuve éxito. Tan sólo una escueta nota: un cierto *Mister Harrington* o *Harrington*, acompañado por algunos guías, parecía haber alcanzado la cima por primera vez. En ningún otro sitio se menciona el nombre *Harrington*. Esto no es de extrañar, pues el primero en ascender a la cima no

se llamaba Harrington sino Barrington, Mr. Charles Barrington.

Veinticinco años después de aquella primera ascensión escribió Charles Barrington el reportaje, largamente esperado, en forma de carta dirigida al redactor del *Alpine Journal*. En ella se relata que Mr. Barrington —que no era miembro del *Alpine Club*, fundado un año antes— se había trasladado a Grindelwald a principios de agosto de 1858, habiendo contratado allí a dos guías de renombre: Christian Almer y Peter Bohren, el mencionado ya *Lobo del Glaciar*. El 6 de agosto ascendieron Strahlegg y el 9 de agosto el Jungfrau, partiendo de la Faulberghöhle. Al atardecer descendieron a Grindelwald. Una quemadura de piel producida por el glaciar debió haber estropeado bastante la cara de Barrington, ya que éste describe con mucho humor cómo pasó aquella noche: «*Sleeping with a beefsteak on my face...*» (Durmiendo con un filete de vaca sobre la cara...).

El joven Mr. Charles no parecía estar muy contento de sus logros alpinos. ¿Qué se podría emprender aún?, se preguntó obviamente con esa generosidad de un hombre que, si bien no tiene ni diez céntimos en la bolsa, desea informarse de lo que cuesta el mundo. Un buen consejo es barato, pero su puesta en práctica es cara. «Haga Vd. el Cervino. O el Eiger. Ambos están aún por conquistar», le aconsejaron. Las reflexiones de Barrington fueron más o menos las siguientes: el Cervino está allá lejos, en el Valais, y cuesta seguramente mucho más. El Eiger está aquí, delante de mis narices, y mi dinero alcanza para subirlo. Así pues me subo al Eiger.

A la medianoche del 10 de agosto llegan Charles y sus guías a Wengern Alp. Charles se tira sobre un sofá y duerme tres horas. El 11 de agosto de 1858, a las tres de la mañana, Barrington, Almer y Bohren abandonan la casa y emprenden la marcha en dirección del Eiger. En cuanto alcanzan la zona de rocas, toma el mando —según su propia

descripción— Barrington. Gracias al gusto por la escalada del joven Charles, no ascienden por la vía normal utilizada en la actualidad, sino casi sobre el filo de la arista noroeste, alcanzando la cima poco antes del mediodía. Para el descenso tomaron el corredor y caminaron a lo largo de la falda, por donde hoy discurre el itinerario normal. Naturalmente aún hubo varios lances arriesgados que sortear. El grupo estuvo a punto de ser arrastrado dos veces por aludes. Pero sólo «estuvo a punto de», y así, cuatro horas más tarde los tres ya se encontraban a salvo en Wengern Alp. Barrington escribió como colofón: «Así terminó mi primera y última visita a los Alpes. Dado que no disponía de dinero suficiente para intentar también el Monte Cervino, regresé a casa. Si no hubiese estado en tan buena forma física como mi antiguo caballo *Sir Robert Peel*, con el que gané el Gran Premio Nacional Irlandés, no habría visto ni la mitad de mi trayecto...».

La historia del Eiger forma parte de la historia del alpinismo, y comienza con Charles Barrington, quien con esa inocente impetuosidad inquebrantable alcanzó la cima, porque el Cervino le resultaba demasiado caro. Un año más tarde encontramos en la zona del Eiger a uno de los alpinistas de más fino sentido, Leslie Stephen, quien en 1859 — junto a George y William Mathews y tres guías— alcanzó el Eigerjoch.

En 1874 fue escalada la arista suroeste y en 1876 la arista sur del Eiger. En 1885 el austríaco Moritz von Kuffner, en compañía de los guías de Valais J. M. Biner, Alexander Burgener y un pastor alpino, consiguió efectuar el primer descenso por la Arista Mittellegi, bajando en rúpel por el gran resalte de la parte superior de la arista.

En 1912 empieza el triunfo de la técnica: finalizan las obras del ferrocarril del Jungfrau. El trayecto transcurre durante muchos kilómetros a través de la montaña, a través del cuerpo de roca del Eiger. Tan sólo dos aperturas condu-

cen al exterior de la Pared Norte. Estas aperturas jugarán un papel importante en las tragedias ocurridas posteriormente.

En 1921, por fin, se logra la cima por la Arista Mittellegi. De nuevo son tres guías de Grindelwald —Fritz Amatter, Samuel Brawand y Fritz Steuri sénior— quienes acompañan a un cliente: el jovencísimo japonés Yuko Maki. Éste, 35 años más tarde, conducirá una expedición hasta la octava montaña más elevada de la Tierra, el Manaslu, de 8128 metros. Yukio Maki, si se puede decir, crea así por primera vez un enlace entre el Eiger y el Himalaya. Más tarde nos parecerá normal que los nombres de muchos escaladores de la Pared Norte del Eiger también sean también nombrados una y otra vez en el contexto de la lucha por las más altas cumbres del mundo.

En 1932 se realiza en el Eiger la última gran escalada completa al estilo clásico. El Dr. Hans Lauper y Alfred Zürcher —ambos excelentes alpinistas suizos—, acompañados de los mundialmente conocidos guías del Valais Joseph Knubel y Alexander Graven, alcanzaron la cima del Eiger por la cara noreste.

Todas las caras de la poderosa montaña han sido, pues, escaladas. Todas excepto una: la absolutamente inescalable, la imposible, «La Pared», la primera en recibir y atrapar las tormentas que se acercan, poderosas, por el norte y noroeste; esa pared sobre la que la Araña Blanca parece estar esperando, aferrada a la roca, extendiendo sus patas de varios cientos de metros de longitud.

¿Esperando?

No, la Araña no espera. Los hombres esperan. La juventud espera. Esperan su hora. Ya no hay ningún Cervino que se pueda escalar por primera vez, ninguna de aquellas cimas vírgenes que los pioneros de la «edad de oro» podían escoger a placer. Tampoco hay ya «grandes paredes». En 1931 los hermanos Schmid subieron al Cervino por su cara norte, y en 1935 fue escalada también la cara norte de las